

# La política exterior francesa: la hora del balance

## French foreign policy: time for a balance

Carlos Pérez Llana\*

### ■ Resumen

El artículo ofrece un balance de la política exterior del presidente francés Nicolás Sarkozy a partir de su primer año de gobierno y de la presidencia de la Unión Europea que Francia ejercerá el semestre próximo. Trata de cambio y de continuidad, esto es, de lo que hay de antiguo y de nuevo en la política exterior de una nación que, independientemente del gobierno de turno, continúa siendo marcadamente conservadora y basada en las premisas fijadas por el ex presidente Charles De Gaulle en los años sesenta.

El artículo centra la atención en los discursos pronunciados por Sarkozy durante la campaña y en especial en la exposición realizada ante los embajadores franceses en el Elíseo el 8 de agosto de 2007. Por último, se refiere a la aplicación de la política exterior por el presidente.

**PALABRAS CLAVE:** política exterior, cambio, continuidad, balance, aplicación de la política exterior.

### ■ Abstract

*The article offers a balance of French President Nicholas Sarkozy's foreign policy on the basis of his first year of government and of the presidency of the European Union, to be held by France the forthcoming six months. It deals with change and continuity, in other words, with what is new and what is old in the foreign policy of a nation that, independently of the incumbent government, continues to be strongly conservative and follows premises established by former president*

---

\* Profesor de la Universidad Torcuato Di Tella; Director del área Internacional, Universidad Siglo 21. <cpllana@hotmail.com>.

Recibido el 7 de mayo de 2008, aceptado el 30 de mayo de 2008.

*Charles De Gaulle during the 60s.*

*The article focuses on Sarkozy's campaign speeches and particularly on his statement to French ambassadors at the Elysée, on 27 August 2007. Finally, it refers to Sarkozy's implementation of foreign policy.*

**KEY WORDS:** *foreign policy, change, continuity, balance, implementation of foreign policy*

A un año de su gestión presidencial, Nicolás Sarkozy está sometido al ejercicio implacable del balance de gestión. Las encuestas de opinión pública adversas y la derrota del oficialismo en las recientes elecciones municipales, básicamente remiten a la agenda política interna. Para explicar el divorcio entre Sarkozy y la sociedad, dos capítulos son emblemáticos: las prometidas reformas no terminan de corporizarse –a pesar de algunos avances significativos, como la virtual desaparición de las 35 horas de trabajo semanales, la derogación de regímenes jubilatorios especiales y la ley de la competencia–, y el creciente rechazo al desempeño presidencial, fuertemente asociado a un estilo que rompe con los códigos históricos de la jefatura de Estado gala. Estas falencias fueron reconocidas por el Presidente, quien en una reciente exposición televisiva –24 de abril del 2008– ratificó su compromiso con las reformas y reconoció que su estilo no siempre ha sido el más adecuado para la investidura presidencial.

La política exterior no escapa a esa lógica: no se registran grandes cambios, el nuevo equipo internacional no es homogéneo y el activismo presidencial suele ocupar el vacío conceptual, potenciando los grandes operativos comunicacionales, tales como el «rescate» presidencial en el Chad de los integrantes

de una organización no gubernamental<sup>1</sup> acusada de tráfico de niños, la teatralización del caso de Ingrid Betancourt y la sobredosis mediática que significó la reconciliación y visita a París del líder libio Muammar el-Gaddafi.

### POLÍTICA EXTERIOR: ¿CAMBIO O CONTINUIDAD?

La Francia de la V República, fundada por el General Charles de Gaulle, fue gobernada por gaullistas, liberales y socialistas aliados a los comunistas. Se aplicaron políticas económicas ortodoxas, proteccionistas y neo-estatistas; se apeló ora al mercado ora a la planificación, pero en materia de política exterior hubo continuidad. Decididamente todos los gobiernos compartieron conceptos y valores tales como independencia nacional, disuasión nuclear autónoma, rango y prestigio de Francia en el mundo, políticas regionales específicas, por ejemplo hacia África y el mundo árabe; defensa del europeísmo;

<sup>1</sup> L'Arche de Zoé es la cuestionada ONG. El Presidente Sarkozy viajó al Chad para liberar a los integrantes de la misma, acusados de tráfico de personas, negociando con las autoridades de ese país. Antes de su llegada «triumfal» a Francia, en el aeropuerto de Madrid, con la presencia del Primer Ministro J.L. Zapatero, hizo descender a ciudadanos españoles involucrados en el affaire.

lectura crítica del atlantismo y adhesión a una concepción de la integración europea como «multiplicador de poder», capaz de compensar la ausencia de una masa crítica que habilite a Francia para jugar en el tablero de las grandes potencias. Paralelamente, la política exterior durante la guerra fría convirtió al «tercerismo» –ni Este ni Oeste– en una verdadera doctrina política e hizo del antiamericanismo la expresión del nacionalismo hexagonal.

Paradójicamente este discurso y esta práctica diplomática no sufrieron modificaciones sustantivas en los años noventa, a pesar del colapso de la Unión Soviética, de la emergencia del Asia como protagonista, de la creciente globalización y de las mutaciones que sufrió la integración europea, emblemáticamente expresadas en la reunificación de Alemania y en la ampliación de la Unión hacia el Este. El apego a marcos de referencia desactualizados refleja la naturaleza conservadora de los análisis políticos externos, fenómeno que se constata en los partidos políticos y en el mundo académico. A nivel empresarial las cosas son distintas, ya que los principales conglomerados económicos apostaron a la mundialización, mientras la burocracia estadual constituye el epítome del conservadurismo y de la resistencia al cambio<sup>2</sup>. Así se explica la ausencia de debates profundos, la

desconfianza en el bloque de la derecha conservadora hacia las ideas liberales y la mezcla de rechazo y temor que suscita el fenómeno de la globalización<sup>3</sup>. En verdad, todo el arco ideológico se incluye en esta lógica inmovilista, los gaullistas apelando a los fundamentos históricos y los socialistas rechazando la más mínima apertura, cosa que se expresó claramente en la demonización de la «tercera vía blairista», mientras gobernaban bajo la conducción de Lionel Jospin y privatizaban lo que François Mitterrand nacionalizó<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> En el ranking de la Revista Fortune, las empresas francesas constituyen el segundo lote, luego de las americanas. Entre las primeras 500, 39 son francesas, 38 son británicas y 32 son alemanas.

---

<sup>3</sup> Como bien lo afirma Hubert Védrine, la actitud de los franceses frente a la globalización se expresa en el pesimismo y la desconfianza. Para el 70% de la población, la globalización es percibida como una amenaza. Un país acostumbrado a la tutela estadual obviamente teme cuando en la globalización el Estado cruje; además muchos franceses asocian globalización con americanización y con el triunfo del mercado, institución que solo recibe la aprobación del 35% de la población. Ver; Védrine Hubert, «Rapport pour le President de la Republique sur la France et la Mondialisation», París, septiembre, 2007.

<sup>4</sup> Sobre las visiones internacionales y los marcos de referencia ver Pascal Boniface, «La France est-elle encore une grande puissance?», París, Edit. Presses de Sciences Po, 1999 y Hubert Védrine; «Les cartes de la France a l'heure de la mondialisation», París, Fayard, 2000. Védrine, ex Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno socialista presidido por Lionel Jospin, es autor de la mejor reseña de la política exterior del Presidente François Mitterrand, en «Les Mondes de Francois Mitterrand», París Fayard, 1996.

## LA POLÍTICA EXTERIOR EN CAMPAÑA

Mientras Jacques Chirac presidió los destinos de Francia, liderando el neo-gaullismo, la política exterior se transformó en una inestimable fuente de legitimación. Así se explica el enfrentamiento con el Presidente George Bush en torno a la invasión de Irak. Sin duda, en ese momento Francia simbolizó la resistencia al neo-conservadurismo americano, que estigmatizó luego al Presidente francés y a su Ministro de Relaciones Exteriores, Dominique De Villepin.

En esas circunstancias, Sarkozy apeló al bajo perfil, evitando romper con la tradición internacional de la V República. En razón de ser un precandidato que no gozaba del favor presidencial—Chirac apoyó a De Villepin—, el actual Presidente se consagró a obtener la candidatura desde fuera del poder, construyendo su perfil sobre consensos amplios evitando quedar prisionero de los discursos. En materia internacional solo expresó su disidencia en un tema: criticó el apoyo de Chirac al ingreso de Turquía a la Unión Europea. La lectura que debe hacerse es simple: un porcentaje significativo de franceses votaron por el NO al Tratado Constitucional Europeo, manifestando así su rechazo al compromiso presidencial en favor de Turquía. Obviamente, detrás de este posicionamiento aparecen otras cuestiones: inmigración y temor al islamismo, temas que la extrema derecha del Frente Nacional, liderado por Jean-Marie Le

Pen, utilizó exitosamente en su fulgurante ascenso. Sarkozy no ignoraba que para vencer en 2007 debía atraer los votos de quienes en un amplio espectro —derecha extrema, nacionalistas y ex-comunistas— reclamaban una política inmigratoria restrictiva<sup>5</sup>.

Hubo que apelar a una lectura muy fina para detectar los cambios en la política exterior que Sarkozy sugirió en campaña. Desde el ángulo de la política inmigratoria hubo alusiones restrictivas, basadas en retener población en la costa sur del Mediterráneo a través de ayuda económica a esos países a cambio de un compromiso: colaboración de los gobiernos para controlar los flujos de inmigrantes provenientes de los países costeros y del «África profunda». La idea de la «Unión Mediterránea» estaba lanzada...

Respecto de los Estados Unidos, el candidato apeló a un método indirecto: no adhirió al antiamericanismo. Paralelamente, envió mensajes en código atlantista, aludiendo a la necesidad de compatibilizar la defensa europea con la OTAN y sugiriendo la necesidad de articular una más estrecha relación con Gran Bretaña. Cabe recordar que en algunas oportunidades ponderó la «Tercera Vía» y llegó a visitar a Tony Blair en Londres, toda una innovación en materia de señales, internas y ex-

<sup>5</sup> Sobre la estrategia electoral de Sarkozy, ver: Pérez Llana, Carlos; «Qué hay de nuevo en la presidencia de Sarkozy», *El Debate Político*, Revista Iberoamericana de Análisis Político, Año 4; Número 6/7, octubre del 2007.

ternas. Prácticamente no se refirió a la guerra de Irak, fue muy enfático en el compromiso francés en Afganistán y siempre criticó el programa nuclear iraní. En suma, una fórmula de aproximación a Washington.

En lo que hace a Europa, Sarkozy en campaña hizo propuestas concretas. Luego del fracaso del Proyecto de Tratado Constitucional Europeo del 2003, pragmáticamente orientó su discurso en favor de un «tratado simplificado». De inmediato este posicionamiento lo enfrentó con Angela Merkel, canciller germana, partidaria de mantener el proyecto original.<sup>6</sup> Con Berlín también hubo contrapuntos en materia económica: para el gobierno alemán el Banco Central Europeo debe mantener su autonomía, fijando la política monetaria, mientras que Sarkozy ya aludía a la necesidad de introducir nuevos criterios en la administración de la moneda común, concretamente adicionando al objetivo anti-inflacionario –establecido en la Carta Orgánica del Banco– el compromiso en favor del crecimiento. Estos y otros malos entendidos resultaron novedosos, ya que históricamente el proceso de integración europeo contó con el núcleo duro franco-germano. Por múltiples razones, el eje Berlín-París jamás alcanzó el «poder ordenador» que supo tener el eje fundacional europeo: Bonn-París. Y en campaña, ese cambio quedó registrado.

<sup>6</sup> Ver Hans Stark, « La politique étrangère de l'Allemagne, entre vocation globale et contraintes européennes », *Politique Étrangère*, Vol 4; 2007

Rusia ocupó una posición ambigua. A veces se la considera como potencia y otras un «país BRIC»<sup>7</sup>; en algunas ocasiones se la concibe europea, en otras trans-europea. En campaña, enviando mensajes hacia la derecha y los sectores progresistas comprometidos con los derechos humanos –particularmente en Chechenia–, el candidato aludió a la necesidad de acelerar las reformas democráticas, otras veces adhirió a criterios más realistas buscando compatibilizar intereses y objetivos. Este ejercicio es complejo, como luego lo demostró la práctica de gobierno, ya que al igual que los restantes países europeos, Francia necesita los recursos energéticos y financieros pero no acepta los abusos que Moscú ensaya en materia de cantidades, de precios y el chantaje que aplica en la geografía eurocentral, sobre todo en Ucrania y recientemente en Lituania.

En lo que hace a las «políticas históricas» hacia el mundo árabe y el África, Sarkozy evitó definiciones en la compleja trama del conflicto del Medio Oriente. Conocido defensor de Israel, está incapacitado para mediar o impulsar políticas audaces<sup>8</sup>. Solo tangencialmente

<sup>7</sup> Los países «BRIC» son Brasil, Rusia, India y China. De ellos tres son emergentes, mientras Rusia es una ex superpotencia y un actual petroestado.

<sup>8</sup> Sarkozy es un crítico implacable del Hamas islámico que gobierna la banda de Gaza, desconociendo la Autoridad Palestina presidida por Ahmoud Abbas. « No nos podemos resignar a un Hamastán en Gaza », afirmó en su discurso del Elíseo en 2007.

abordó esa agenda, al cuestionar el papel de Siria en El Líbano, un protectorado histórico de Francia sumido en crisis debido a la ingerencia notoria, en ese país, de Damasco y Teherán. De la misma forma, asumió posiciones convencionales al condenar los planes nucleares, el terrorismo y la proliferación. Fue categórico al apoyar el advenimiento de un Estado palestino y claro en no endosar las tesis americanas pro-ingerencia democrática en los países árabes.

Respecto de los compromisos africanos el candidato pretendió innovar. Bajo la V República, ese continente fue un dominio reservado de la agenda presidencial mientras el Primer Ministro y su gabinete tuvo un protagonismo secundario. África fue una «cuestión de Estado». Durante la campaña electoral Sarkozy se desmarcó, al impulsar el fin de la «Francafrique» y de las relaciones «opacas» entre algunos gobiernos africanos y la clase dirigente francesa. En esa línea se comprometió a cerrar las bases militares instaladas en países amigos.

El Asia ocupó en la plataforma electoral un espacio que no se corresponde con el activismo histórico del gaullismo, particularmente en China, ni con los intereses crecientes de las empresas francesas en esas latitudes. Es más, ocasionalmente muchos analistas asiáticos advirtieron una reprochable «ingerencia» en el discurso humanitario del candidato Sarkozy<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> Esta posición pro-derechos humanos afloró fuertemente en el conflicto Francia-China en torno a la represión en el Tíbet y la participación francesa en las Olímpia-

Esta ausencia de visión asiática tiene varias explicaciones, pero existe una dimensión a veces ignorada: una parte del pensamiento estratégico francés no comparte la idea de «China futura potencia global». Francia es el único país euro-continental donde existe ese tipo de reflexiones, en el resto de los países se ha perdido la cultura estratégica y Asia solo importa como mercado o como preocupación comercial<sup>10</sup>.

América Latina estuvo ausente en el discurso de la campaña electoral. Este vacío está asociado a la irrelevancia que se le asigna a la región. Una mirada desde París incluye, básicamente, al Brasil, un país permanentemente citado como «potencia emergente» y candidato natural a ocupar un sitio en el Consejo de Seguridad, y a Méxi-

---

das. Bajo las gestiones socialistas también el tema motivó conflictos entre París y Pekín, con el agregado de las quejas chinas debido a importantes ventas de armas francesas a Taiwán bajo la gestión Miterrand.

<sup>10</sup> Francois Heisbourg, que preside el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres y el Centro de Políticas de Seguridad de Ginebra, es uno de los mejores exponentes franceses de esa línea de pensamiento. Ver: «L'Épaisseur du Monde», París, Edit. Stock; 2007. A su juicio, China no está capacitada para alcanzar el nivel de potencia global ya que esa civilización no resulta fácilmente «exportable». En esta línea se aproxima a los trabajos de Barry Buzan y Gerald Segal, que aluden a la fusión entre la cultura occidental y otras culturas en la era denominada «Westernistic». Véase de estos autores, «Anticipating the Future», Simon & Schuster.

co. Obviamente, en ambos casos el interés galo se explica en virtud de los intereses en juego, concretamente las inversiones y la dimensión geográfica. Sobre este punto es apropiado señalar que el pensamiento estratégico francés le atribuye un peso excesivo a la masa geográfica<sup>11</sup>. Venezuela supo concitar un interés energético, pero el «chavismo» desvaneció esa imagen, mientras desde una perspectiva de éxito en la inserción globalizante Chile suele ser citado como ejemplo. La Argentina era observada en el contexto de la relación Europa/Mercosur, pero la erosión del esquema de integración subregional, las consecuencias del default y las orientaciones ideológicas prevalecientes en la Casa Rosada no la hacen atractiva. La retirada de los capitales franceses de la Argentina, que llegaron a ocupar el segundo lugar en el ranking de la inversión extranjera, habla por sí misma<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> Sobre el «peso de la geografía» en la reflexión estratégica francesa, ver: Georges Roques, «Décrypter le monde aujourd'hui. La crise de la géographie», París, Edit Autrement, 2006 y Jean Gottmann, «La politique des États et leur géographie», París, Comité des travaux historiques et scientifiques, 2007.

<sup>12</sup> Si bien gran parte del capital francés se retiró de la Argentina, sobre todo en el sector de los servicios, existe un notorio interés en París por lograr vender un proyecto de tren de alta velocidad que uniría Buenos Aires, Rosario y Córdoba. Pero no se trata del proyecto original presentado al gobierno argentino en el 2001 por la empresa Alstom, que implicaba una concesión local e inversión francesa. Ahora el Estado compra llave en mano para gestionarlo, en otras palabras, no hay

La ausencia de América Latina en la hoja de ruta de la campaña fue aún más notoria apenas se advierte el deslucido rol sustituto que desempeña el involucramiento francés, potenciado por el candidato Nicolas Sarkozy, en la liberación de Ingrid Betancourt en razón de la nacionalidad franco-colombiana de la secuestrada. No se niega el carácter humanitario de los esfuerzos para obtener esa liberación, ni la naturaleza aberrante del secuestro, pero un país como Francia no puede agotar su capital de «softpower» en esa empresa. Además, se cometió un error imperdonable en código diplomático: apostar a las gestiones del Presidente Chávez, un intermediario crecientemente desgastado, que juega su propio e interesado partido con las FARC y con diversos movimientos políticos andinos que él financia y protege. El virtual fracaso de la gira emprendida –en abril del 2008–, por el Ministro de Relaciones Exteriores, Bernard Kouchner, en Venezuela, Colombia y Ecuador, señala los límites y la naturaleza voluntarista de esta política exterior.

---

riesgo. La motivación francesa, muy cuestionada en numerosos sectores de la opinión pública, consiste en «mostrar» esta obra de transporte buscando clientes en América Latina.

## IDEAS Y REALIDADES: DISCURSO Y GESTIÓN INTERNACIONAL

En el orden del discurso, lo más indicado consiste en remitirse a la exposición presidencial que tuvo lugar en el Palacio del Eliseo –27 de agosto del 2007–, en ocasión de la XV Conferencia de los Embajadores franceses.

Allí Sarkozy, sin rodeos, comenzó describiendo algunos de los temas que él jerarquiza en términos de debate: la definición de las amenazas –terrorismo, proliferación, criminalidad–; la evolución medio ambiental; el comportamiento de la economía internacional y la cuestión de los derechos humanos. Una caracterización por cierto discutible de las relaciones internacionales, donde se sobrevaloran, ante todo, los problemas ligados a la seguridad internacional. Desde esa percepción, recordó cómo el optimismo de la posguerra fría se desvaneció rápidamente, emergiendo una sensación de caos ligada a la imposibilidad de administrar las múltiples y crecientes interdependencias. Según el Presidente, el desorden establecido se debería básicamente a la licuación estratégica del actor Estado, que debe hacer frente a una constelación de poderes adversos: económicos y comunicacionales, a redes de diversa procedencia y a los desbordes migratorios. La resultante, no definida en esos términos, es un diagnóstico pesimista, cercano a la ingobernabilidad, en un mundo donde las instituciones multilaterales serían insuficientes o sencillamente inapropiadas. Desilusiones,

impotencia e inquietudes, impulsarían a una Europa frágil, que no termina de definir sus fronteras, y a los franceses, a interrogarse acerca de los desafíos que la acechan.

La tríada de desafíos consistiría en: evitar una confrontación entre el Islam y Occidente; en *integrar* a las potencias ascendentes –China, India y Brasil– y *gestionar* los grandes riesgos globales, tales como el calentamiento ambiental, la escasez energética y las nuevas pandemias<sup>13</sup>.

Definido el marco conceptual, Sarkozy en su discurso renovó el contrato con la supuesta misión de Francia en el mundo, basada en ambiciones legítimas y en designios que se remontarían a la historia. Este «relato misional», casi adocenado, que apela al voluntarismo como instrumento central de cambio, no es novedoso pero alcanza un nuevo registro: Francia podrá ser un protagonista global respetado y escuchado *si* Europa es fuerte y *si* la relación con los Estados Unidos se articula en términos de una profunda amistad.

Así se explica una nueva visión, basada en esas dos prioridades, que en el discurso presidencial están asociadas a la construcción de la vieja ambición francesa de una «Europa Potencia», ensamblada con los Estados Unidos a

<sup>13</sup> Respecto de la nueva arquitectura internacional, Sarkozy postuló la transformación del G8 para incluir a China, India, Brasil, México y Sudáfrica. Asimismo, la fórmula se completa integrando a los países del propuesto G13 como miembros plenos del Consejo de Seguridad.

través de una nueva percepción de la defensa europea ligada a la OTAN, con amenazas y desafíos compartidos.

En este discurso las grandes líneas de confluencia entre la defensa europea y la OTAN fueron trazadas con claridad. En verdad allí, en un foro simbólico ya que la corporación diplomática gala en líneas generales adhiere al viejo paradigma gaullista, Sarkozy profundizó una línea ya trazada. A decir verdad, su antecesor Jacques Chirac lanzó en los años noventa una tentativa análoga, muy criticada por el pensamiento convencional. En aquella ocasión los Estados Unidos no terminaron de aceptar el «guiño» francés. Tal vez el pedido de compartir poder –concretamente Chirac reclamó espacios relevantes de conducción– y la ausencia de reflexión estratégica que en ese momento campeaba en Washington, explican por qué fracasó esta revisión de posiciones y prioridades<sup>14</sup>. Cabe recordar que recién en 1999 la OTAN definió sus nuevos objetivos y sus nuevos conceptos estratégicos, transformándose en una organización pan-europea.

Una lectura realista explica el sinceramiento galo. En Europa solo se habla y se invierte en defensa en Londres y París en el resto de los miembros hay discursos pero no hay recursos y es notorio el escaso interés que suscitan esos temas en la opinión pública. En ese sentido una gran

mayoría de ciudadanos europeos y gran parte de las elites razonan en términos post-históricos, concibiendo a Europa como una «Gran Suiza», sin advertir que la paz tiene su precio.

En el discurso del Eliseo, Sarkozy inteligentemente destacó los acuerdos de Saint-Maló, que hace una década marcaron la novedad de un enfoque cooperativo de defensa entre Francia y Gran Bretaña. En aquel momento ya no era viable una defensa europea en colisión con la OTAN, ni una defensa nacional totalmente dependiente de la relación atlántica y de espaldas al continente<sup>15</sup>. Concluyendo, respecto de los Estados Unidos, en el discurso presidencial reapareció el espíritu de una frase pronunciada en el Congreso americano: «este no es el tiempo de las querellas ideológicas entre Francia y Estados Unidos, la hora corresponde a las respuestas pragmáticas»<sup>16</sup>. En otras palabras, Sarkozy se sumó a quienes sostienen la necesidad de lograr la mayor equidistancia entre dos grandes concepciones estratégicas francesas: el antiamericanismo y el soberanismo. En otras palabras, se trata de romper la hegemonía de las lógicas anti-Washington y anti-Bruselas que todavía inspiran a sectores influyentes de la clase dirigente francesa<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> A pesar de no haberse logrado un total acuerdo, a partir del gesto del Presidente Chirac Francia se incorporó a la casi totalidad de las estructuras de operaciones de la OTAN.

<sup>15</sup> Los presupuestos de defensa de Gran Bretaña y Francia representan dos tercios del total del gasto militar de los 25 países miembros de la Unión Europea.

<sup>16</sup> Washington, noviembre, 2007.

<sup>17</sup> Uno de los mejores aportes al discurso racional euroatlantista es el de Hervé de

Finalmente, el Presidente francés cerró su exposición alertando acerca de los problemas que conlleva lo que él denomina los excesos de una «mundialización mal administrada». Frente a los riesgos de un «multipolarismo antagónico» –que se estaría gestando detrás de «cierta brutalidad» rusa– y de la falta de compromiso chino en temas tan importantes como el medio ambiente, Sarkozy le atribuye a Europa un papel destacado en orden a la emergencia de un «multilateralismo eficaz», fundado en el respeto de las reglas. La historia y la práctica europeas de posguerra habilitarían al Viejo Continente, según esa creencia, a ensayar un liderazgo moral sobre la vasta agenda transversal que caracteriza a las relaciones internacionales contemporáneas.

*En lo que hace a la práctica diplomática, Europa constituyó la prioridad.* El primer examen alude a la dimensión institucional europea y fue superado exitosamente. El Presidente advirtió que la imagen francesa había sufrido un enorme deterioro al rechazar en el urnas el proyecto de Tratado Constitucional. País fundador, que se benefició como pocos del proceso de integración europeo, autor intelectual de la política monetaria común y vocero de la corriente europeísta, históricamente concurrente con la visión atlantista, Francia quedó virtualmente paralizada sin capacidad de liderazgo, una situación que no registraba antecedentes en los anales de la diplomacia europea. Asumiendo esas

circunstancias, Sarkozy en campaña propuso un Tratado «mínimo», limitado en materia de ambiciones, una salida elegante para un país acostumbrado a una política de proposiciones y obligado a retomar la iniciativa. Finalmente lo logró, invirtiendo prestigio personal y nacional, contra la opinión de muchos países, que habiendo aprobado el Proyecto original, insistieron en mantenerlo. Esa resistencia fue toda una señal, una forma de expresar la creciente fatiga que despierta el liderazgo galo en muchos sectores del viejo continente.

Siempre en el orden institucional, el nuevo gobierno nunca terminó de definir sus opciones al momento de optar entre una diplomacia comunitaria y una diplomacia nacional. Esta ambigüedad no es nueva y se explica en las dificultades que se constatan cuando se debe optar entre el corto y el largo plazo, compatibilizando ambiciones y realidades. Lo mismo sucede cuando se trata de acatar las reglas de Bruselas.

Un espacio concentra las tensiones entre lo nacional y lo regional: el monetario. Desde el momento en que el euro comenzó a valorizarse frente al dólar, las quejas francesas se incrementaron, reclamando una mayor intromisión de los gobiernos en el manejo de la política monetaria a cargo del Banco Central. Detrás de este reclamo subyace la caída del ingreso de los franceses y la baja tasa de crecimiento, en los últimos veinte años inferior en un punto a la alemana<sup>18</sup>.

---

Carmoy, «L' Euroamérique», París, Presses Universitaires de France (PUF), 2007.

---

<sup>18</sup> A estos datos alude el Primer Ministro

En estas circunstancias, durante el año 2007 el gobierno francés planteó reiteradamente sus críticas, referidas a la prioridad que las autoridades monetarias europeas le asignan a la lucha contra la inflación –expresada en las altas tasas de interés del euro– en desmedro del crecimiento. Esta queja no fue acompañada por Alemania, ni tampoco por aquellos países que hasta 2008 alcanzaron elevadas tasas de crecimiento, por ejemplo, Irlanda y España. La preocupación creciente por el empleo, por recuperar competitividad y el temor a las deslocalizaciones industriales<sup>19</sup> fueron crecientes y colisionaron también con las autoridades de la Comisión Europea. El Comisario encargado de los Asuntos Económicos, el español Joaquín Almunia, fue el vocero encargado de rechazar la idea de otorgarle «mayor gobernabilidad a la zona del euro», en otras palabras la demanda de mayor control de los gobiernos sobre el Banco Central. Frente al «Documento Almunia» –divulgado el 7 de mayo del 2008–, las autoridades francesas propusieron un «diálogo» con el Banco Central Europeo y un

mejor funcionamiento del Eurogrupo. Con escasos aliados, ahora Francia acaba de encontrar un inesperado aporte, Silvio Berlusconi. Este enfrentamiento coincide con las advertencias de las autoridades de Bruselas, referidas al déficit de las cuentas públicas francesas que se ubican en el límite del 3% admitido en los Acuerdos de Convergencia, los cimientos del euro<sup>20</sup>.

Uno de los ejemplos utilizado por quienes no le asignan todas las culpas a las altas tasas de interés es el caso británico, un miembro de la Unión que mantiene su moneda nacional y que a partir de la crisis financiera también está encontrando problemas. El voluntarismo de Sarkozy no prosperó, entre otras razones porque la bandera antiinflacionaria de las autoridades monetarias de Frankfurt coincide con las preocupaciones de los consumidores. Lo que no advierte el gobierno francés es que los problemas económicos están ligados a obstáculos estructurales que requieren de las reformas que él prometió en campaña.

La «visión mediterránea» de Sarkozy, manifestada en el proyecto de Unión del Mediterráneo, tuvo escaso apoyo entre los Estados euro-ribereños, suscitó la crítica germana –acompañada por los gobiernos con menores intereses en la zona, como ser los nórdicos– y cierto desinterés entre los supuestos beneficiarios de la arquitectura ofrecida por París al «flanco sur». Inesperada-

---

François Fillon en: «Las reformas de Francia», Revista Archivos del Presente, N° 12, 2008.

<sup>19</sup> Cuando se alude a las deslocalizaciones, nos referimos al cierre de plantas industriales que se trasladan a países con salarios más bajos o ubicados en la «zona dólar». Un caso paradigmático es el dilema que enfrenta el fabricante de los aviones Airbus, tecnológicamente por encima de Boeing pero con costos que amenazan su éxito industrial.

---

<sup>20</sup> Ver: «Le rappel de Bruxelles», Le Figaro, 28/4/08

mente, Sarkozy halló nuevos endosos, concretamente los países eurocentrales, particularmente Polonia y Austria, que «canjean» el apoyo a esta «iniciativa meridional» a cambio de una política europea de cooperación creciente con el «eje oriental»<sup>21</sup>. Finalmente, pasando del voluntarismo al realismo, Sarkozy aceptó cambiar la denominación al Proyecto, ahora se lo conoce como Unión para el Mediterráneo (UPM).

Originalmente esta nueva visión francesa fue concebida como una instancia superadora de una vieja idea corporizada, hace ya muchos años, en el inconcluso «proceso de Barcelona». Inspirado, según el Presidente, en el concepto de Jean Monnet de las «solidaridades concretas», este proyecto superador debía incluir cuatro pilares: medio ambiente y desarrollo durable; diálogo de culturas; crecimiento/ desarrollo y seguridad. Detrás del discurso oficial, la rebautizada UPM es una arquitectura asociada a estos objetivos que también debía atender intereses implícitos: disuadir las inmigraciones; potenciar la presencia económica;

proteger a gobiernos amigos; evitar la fractura civilizacional; contener al nuevo socio libio y otorgarle a los países mediterráneos un espacio en Europa, desarmando los sueños de candidatura al ingreso a la Unión Europea que habitan en algunos gobiernos, por ejemplo en Marruecos<sup>22</sup>.

A partir de la presidencia francesa de la Unión Europea –en el segundo semestre del 2008– la UPM se pondrá a prueba. La suerte del proyecto está ligada a muy diversos desafíos pero tal vez existen dos factores que definirán su viabilidad. El primero se refiere a cómo construir un esquema asociativo entre países que no comparten las mismas nociones de modernidad y que en materia de valores y de religión observan diferencias notorias. Como bien lo sostiene Antoine Basbous, Director del Observatorio de los Países Árabes, las clases dirigentes de la costa sur del Mediterráneo están más interesadas en blindar sus gobiernos, recibiendo ayuda, que en acceder a la democracia. Esta lectura pesimista parte de una realidad: en casi todos esos países, desde Siria a Marruecos, pasando por Argelia y Egipto, el clivaje político se establece entre «el palacio» y la mezquita. Esta polarización política margina a los sectores modernos que están lejos de

<sup>21</sup> Ver «La France regarde vers l'Est et plaide pour l'Ukraine en Europe», *Le Monde*, París, 29 de abril de 2008. Allí se destaca que las autoridades francesas enviaron a los países de la Unión Europea y a Ucrania un «non-paper» con proposiciones en la línea de una asociación con Kiev, sin descartar un eventual ingreso. Esto significa un cambio respecto de la política hacia el ex-Este que implementó el Presidente Chirac y se contradice con el rechazo francés, en la Cumbre de Rumania de la OTAN, al ingreso de Ucrania a la Organización Atlántica.

<sup>22</sup> Algunos observadores inscriben el proyecto UPM en la idea de los «círculos concéntricos» que deberían rodear a Europa ligados a través de Tratados de Asociación. Una vieja idea que pudo haber evitado el conflicto en torno a la candidatura de Turquía.

adherir al modelo religioso iraní, al autoritarismo familiar que gobierna Siria y que se anuncia en Egipto y Libia, a la tutela militar argelina, a la dictadura tunecina de Ben Ali y a la monarquía marroquí<sup>23</sup>.

El otro factor, indispensable para alcanzar la viabilidad del proyecto mediterráneo es el consenso entre los Estados de la Cuenca. Al igual que lo acontecido con el «Proceso de Barcelona», muchos países árabes ribereños rechazan la presencia de Israel en la UPM. A escasos meses de la Conferencia Inaugural –convocada en París para el 13 de julio del 2008–, algunos gobiernos, por ejemplo Libia, ya han descartado estar representados por sus máximas autoridades. Para sortear este veto, Sarkozy ofreció la co-presidencia a Egipto y a Túnez la sede de las futuras oficinas administrativas. En los dos casos, la diplomacia gala apuesta a las gestiones de ambos gobiernos para lograr la presencia de los países díscolos, concretamente Argelia y Siria. Si en 1995, en pleno optimismo de la posguerra fría que se transmitía a la cuestión del Medio Oriente, el proceso de Barcelona no avanzó, nada hace pensar que con mayores dosis de voluntarismo puedan resolverse problemas estructurales de larga data.

La segunda prioridad se refiere al conjunto Estados Unidos, OTAN y defensa europea. Sarkozy es el primer

Presidente francés que abjura del antiamericanismo. En su discurso en el Congreso americano la clave de bóveda fue el «cuenten con nosotros», la contra imagen de Chirac. Pero más allá de la dimensión retórica, el cambio de rumbo se expresó en el capítulo de la defensa y en la relación Francia-OTAN.

Algunos analistas y muchos críticos explicaron el giro atlántico en virtud de la supuesta naturaleza pro-americana de Sarkozy. Nuestra perspectiva es distinta. Si ayer Charles de Gaulle fue un realista, que hizo una lectura audaz pero correcta de las relaciones de fuerza y de las alternativas que se le abrían a una Francia dotada de una fuerza nuclear nacional, hoy Sarkozy puede argumentar que su lectura también es la apropiada y el fraseo es el siguiente: *Charles de Gaulle se fue de la OTAN<sup>24</sup> porque entendió que ella no le garantizaba la seguridad a Francia y apostó a una defensa nacional nuclear; hoy reintegrarse a la OTAN es necesario porque la defensa europea no existe y Francia no está en condiciones de garantizar nacionalmente su seguridad.*

Esta revisión de la política hacia Washington permite una segunda explicación: la percepción de la amenaza terrorista pesa fuertemente en este giro. Antes de arribar al Eliseo, Sarkozy fue Ministro del Interior en dos ocasiones. Los sucesos del 11/9 seguramente lo marcaron y el discurso antiterrorista lo

<sup>23</sup> Ver: Antoine Basbous, «L'Union pour la Méditerranée entre rêve et utopie»; Le Figaro, 17 de abril de 2008.

<sup>24</sup> El 7 de marzo de 1966, Charles de Gaulle decidió retirar a Francia del comando integrado.

formuló claramente en sus viajes al Asia y al mundo árabe. También en ese cargo suscribió un conjunto de acuerdos entre los servicios de seguridad.

Hay que destacar que la reformulación de la relación atlántica también se debe a que en París se llegó a una conclusión: el europeísmo histórico de Francia se construyó sobre el antiamericanismo y esto aleja a muchos países del proyecto europeo. Adicionalmente Francia debe tener en cuenta los recursos económicos. Como toda sociedad post histórica, convencida de que la paz es un dato, no está mayoritariamente dispuesta a apoyar incrementos en los gastos militares, ni a participar en operaciones de proyección del poder, ni en Afganistán ni en los Balcanes.

Francia tampoco es ajena a esas demandas y restricciones. Un ejemplo: hoy el debate presupuestario divide a la mayoría gubernamental entre los partidarios de construir un segundo portaviones y los que sostienen que ese gasto es inútil<sup>25</sup>. Ahora bien: ¿de qué le sirve al país contar con un portaviones que solo está operacional el 60% de tiempo?. El costo –3500 millones de euros– de una segunda y necesaria unidad explica las dudas oficiales, puesto que el gobierno debe arbitrar sin poner en riesgo la capacidad global. ¿Qué hacer? ¿Buscar una operación combinada con Gran Bretaña? ¿Vender participaciones del Estado en algunas empresas?

¿Postergar las decisiones? ¿Lograr que en Bruselas se admita que no deben figurar esos recursos en el déficit del 3% que Francia no puede superar? En síntesis: el giro pro-OTAN no debe ser leído en clave ideológica sino en código realista. Decididamente, más allá de la grilla de lectura lo cierto es que el retorno de Francia a la OTAN constituye la gran novedad de la política exterior francesa<sup>26</sup>.

Técnicamente hablando el razonamiento oficial es impecable. Si los gobiernos no se ocupan de los temas de la defensa. Europa quedará desarmada e indefensa, un autismo que desconoce que en otras geografías el gasto militar aumenta. Obviamente esta perspectiva no es compartida por las nuevas generaciones, acostumbradas a la paz, mientras que los más viejos temen que un mayor gasto militar vaya en desmedro de la seguridad social. En este contexto una dificultad parece insalvable: cómo el gobierno explica que en las batallas avanzadas, por ejemplo en Kabul o en Kosovo, se juega la seguridad interior. Las nuevas modalidades de violencia internacional exigen, entonces, poner más énfasis en la proyección del poder militar que en la disuasión. En otras palabras, se trata en Francia –nación conservadora como pocas– de reformular ideas y preconceptos establecidos. La mutación pro-OTAN exige,

<sup>25</sup> Acerca del debate en torno al segundo portaviones ver: Arnaud de La Grange, « Le deuxième porte-avions victime de la rigueur », *Le Figaro*, 24 de abril de 2008.

<sup>26</sup> Sobre las relaciones transatlánticas y por qué Francia necesita rever sus relaciones con Washington, ver: Nicole Bacharan, « Pourquoi nous avons besoin des Américains », París, Seuil 2007.

entonces, ser entendida en esa línea estratégica<sup>27</sup>.

Decidido el retorno, en la Cumbre Atlántica de Bucarest comenzó una compleja negociación. En su discurso Sarkozy reclamó para su país «todo su lugar en las estructuras de la OTAN». Aparentemente Washington prometió un espacio importante, supuestamente en el «Shape» –Estado mayor Aliado Europeo– instalado en Nápoles. Ahora bien, ¿qué países ceden espacios? En Nápoles Francia debería contar con 2000 oficiales, un número similar al británico, y Alemania también es reacia a perder espacios. Tampoco le interesa a Berlín que la seguridad europea avance, ahora que el veto americano fue despejado en Bucarest, porque ello significaría mayores aportes del tesoro germano. Mientras tanto en Londres el apoyo de los Estados Unidos a la defensa europea no suscita mayor interés.

En París no se ignora que estos dos países, acostumbrados a ser los aliados de Washington, sufrirán una devaluación en la OTAN con el ingreso francés, máxime que en ese mismo momento Sarkozy redobló la apuesta pro-OTAN: prometió enviar mil soldados suplementarios a Afganistán, un gesto que pocos hacen ya que la guerra contra los Talibanes y Al Qaida cada día es más costosa, y apoyó el proyecto americano

de despliegue de un escudo antimisiles en Europa, que contará con bases en Polonia y la República Checa.

Por último, en Bucarest, Sarkozy se cuidó de no aparecer excesivamente asociado a la política exterior americana. Cuando se trató de avalar el inicio de las negociaciones de ingreso a la Organización Atlántica de Ucrania y Georgia votó negativamente a pesar del apoyo del Presidente Bush a esas candidaturas. Cabe entonces preguntarse si esta disidencia fue negociada porque se evaluó que los demás temas eran más importantes, o bien el rechazo francés se explica como una concesión a Putin, quien se opuso reiteradamente a la expansión de la OTAN a su zona de influencia.

Rusia y China constituyen la tercera prioridad. La política francesa hacia Rusia es un espacio de contradicciones. Históricamente hablando siempre hubo, en ambos países y más allá de los gobiernos, sensibilidades mutuamente atrayentes. Terminada la guerra fría intelectuales y políticos estimaron posible la «europeización de Rusia». Bajo la gestión de Boris Yeltsin no hubo muchos movimientos en ese sentido en virtud de la naturaleza atlantista de las autoridades moscovitas, pero bajo Putin el optimismo creció, sobre todo en los años de Chirac, apostando a coordinar esfuerzos en orden a construir una estructura de poder multipolar. La guerra de Irak fue el gran momento de convergencia, pero algunas conductas rusas llevaron a influyentes sectores franceses a cuestionar el autoritarismo

<sup>27</sup> La urgencia de adoptar nuevos conceptos sobre la defensa está excelentemente expuesta por el Comandante francés del Centro de Doctrina y Empleo de las Fuerzas, Vincent Desportes, en: «La guerre probable», París, Edit. Economica, 2007.

ruso, la violación de los derechos humanos –en particular los crímenes cometidos por las tropas rusas en Chechenia–, el chantaje energético contra Ucrania y los movimientos desestabilizadores de Rusia en el Cáucaso.

En campaña, Nicolás Sarkozy adhirió a las opiniones que reclamaban más democracia y más derechos humanos en Rusia. Concretamente, el Ministro de Relaciones Exteriores, Bernard Kouchner, asumió compromisos públicos en esa dirección. Sin embargo, a partir del encarecimiento de los precios energéticos, la mirada realista que postula no interferir en los asuntos internos rusos, para no alimentar el nacionalismo, avanzó posiciones. No provocar al «oso ruso» –una frase hecha–, mirar a Rusia como mercado, como proveedor de gas y como eventual financista –habida cuenta del capital de que disponen sus fondos soberanos– estimularon la mirada *light*.

En ese espacio, cruzado por las contradicciones entre valores e intereses, hoy se localiza la política francesa hacia Rusia. Por un lado se promueve una aproximación de Ucrania a la Unión Europea, pero simultáneamente el voto francés en la Cumbre de Bucarest fue en favor de postergar el ingreso de Kiev a la OTAN. Mientras se promueve la independencia de Kosovo, poco se dice de los movimientos secesionistas que Rusia impulsa en Georgia.

En síntesis, una política exterior de doble comando, que pone en evidencia la falta de conducción unificada, donde convergen los asesores presidenciales,

la estructura del Ministerio de Relaciones Exteriores y el Ministro, un hombre proveniente de una reconocida organización no gubernamental que adhiere a la idea de la «ingerencia democrática»<sup>28</sup>.

Bajo la presidencia francesa de la Unión, Sarkozy deberá demostrar mucho talento en orden a definir una política común hacia Rusia. Las divisiones están a la vista: Londres mantendrá su alineamiento con Washington y Alemania pondrá atención en el gas ruso mientras, Europa Central insistirá en la necesidad de adoptar una política «vigilante», sin concesiones, hacia Rusia. La empresa pendiente que Europa y Rusia no han logrado plasmar es la vieja idea de suscribir una «asociación estratégica», una fórmula que en verdad significa no agredir a Rusia a cambio del compromiso de Moscú de asegurar el suministro de gas y petróleo. Durante dos años Polonia bloqueó el acuerdo, ahora Lituania amenaza con hacer lo mismo, acusando a Putin de interrumpir el suministro de petróleo a su única refinería<sup>29</sup>.

La política hacia China también es prisionera de contradicciones y ambigüedades semejantes. Si bien se trata de una política más nacional que europea, la contraposición de valores e intereses alcanza niveles superiores. El mercado chino atrae a las grandes empresas, los

<sup>28</sup> Nos referimos a la Organización «Médicos sin fronteras».

<sup>29</sup> Ver: «La Lituanie bloque un rapprochement UE-Russie», *Le Figaro*, 28 de abril de 2008.

productos chinos invaden Francia y el empleo cruje ante la amenaza concreta de las deslocalizaciones industriales. A ese triángulo económico se le suman la política de derechos humanos y la medioambiental, dimensiones políticas que inspiran la política exterior francesa y que aglutinan a importantes sectores que poseen una mirada crítica hacia Pekín.

Con motivo de la represión china en el Tibet y de las acusaciones del gobierno de Pekín al Dalai-Lama, la opinión pública francesa fue muy receptiva a las sanciones contra el régimen autoritario chino. La condena del gobierno a la represión en el Tibet no se hizo esperar, llegando el propio Sarkozy a poner en duda su participación en la ceremonia inaugural olímpica. Días después este estado de ánimo se puso en evidencia en los desórdenes y manifestaciones anti-chinas con motivo del paso de la llama olímpica por la ciudad de París. Tras cartón el Alcalde de París, Bertrand Delanoë<sup>30</sup>, nombró Ciudadano de Honor al Dalai-Lama. La reacción china no tardó en llegar: «manifestaciones espontáneas» en toda China contra empresas e intereses franceses; amenaza de interrumpir importaciones, etc.

Prisionero del realismo, finalmente el gobierno francés abandonó el idealismo y envió una misión a Pekín, encabezada por el ex Primer Ministro Jean-Pierre Raffarin, portador de una carta del Presidente Sarkozy y otra de su antecesor Jacques Chirac. El men-

saje fue claro: respeto por la soberanía nacional y la integridad territorial; apoyo a las olimpiadas y condena a la actitud del Alcalde de París. Única concesión china: sin bajar el tono a las condenas al Dalai-Lama y manteniendo la represión en el Tibet, se comprometió a «reanudar» el diálogo. Obviamente con la visita del enviado presidencial quedó sepultado el principismo y con promesas de diálogo el gobierno chino se asegura la presencia masiva de autoridades extranjeras en los actos de inauguración olímpica. La coronación mediática del ascenso pacífico chino...

Finalmente las políticas «regionales», África y los países árabes. Contradicciones y novedades resumen la agenda externa hacia esas regiones. Respecto del África, Sarkozy deslizó la idea de ruptura con el pasado. En visita a Senegal, en julio del 2007, en su discurso de Dakar el Presidente asignó a los africanos la responsabilidad del subdesarrollo, económico y político, exonerando de culpas al pasado colonial. También allí aludió al fin de los acuerdos de defensa que unen a Francia y a muchos países africanos. Obviamente ese discurso causó rechazo y malestar. Meses más tarde, en febrero del 2008, en ocasión de la visita a Sudáfrica, Sarkozy aludió a «una nueva África» y reconoció las culpas del colonialismo. También de visita en el Chad, el Presidente cambió de discurso: visitó a los soldados franceses que integran el «dispositivo Epervier», una estructura militar puesta al servicio del Presidente del Chad, acosado por grupos rebeldes

<sup>30</sup> Probable futuro candidato socialista.

y soporte local de las tropas que integran el contingente europeo involucrado en Darfur. Ahora bien, ¿qué nuevos datos explican este giro diplomático? La política pro-derechos humanos colisiona con los intereses nacionales, concretamente la defensa de gobiernos amigos, cortejados por la diplomacia china y los intereses económicos ligados al comercio y producción de petróleo, uranio y materias primas en general. El temor a no perder posiciones también explica el impacto del Informe de 42 embajadores franceses acreditados en África, de acuerdo con el cual hoy solo el 0,5% del comercio exterior francés se realiza con ese continente, cuando en 1957 el porcentaje alcanzó el 41%. El Informe implícitamente señala la necesidad de mayor cooperación y ante la falta de recursos aconseja una des-europeización de la ayuda, en otras palabras, retirar fondos de Bruselas para administrarlos desde París.

En la gestión de la política hacia el mundo árabe, la novedad consiste en una perceptible reorientación de la política exterior, que desplaza su atención desde el Medio Oriente hacia los países del Golfo. La explicación es sencilla: allí se encuentran los recursos energéticos y financieros. Francia quiere depender menos de las compras de gas ruso, mientras algunas empresas y bancos contemplan con interés los «fondos soberanos» de los países petroleros. El país elegido por la diplomacia francesa es Qatar, una monarquía rica en gas que observa con preocupación, como todo el Golfo, la agresividad iraní. Así se

explica el apoyo francés a las presiones que las Naciones Unidas gestiona, a instancias de los Estados Unidos, contra el plan nuclear de Irán. La expresión militar de esta política es la apertura de una base francesa en Abu Dhabi, la primera ubicada fuera del perímetro colonial francés.

## CONCLUSIONES

Para el Presidente Sarkozy, acosado por las encuestas y a medio camino de las reformas estructurales, la política exterior adquirirá relevancia en el segundo semestre del 2008, cuando presida el Consejo de la Unión Europea. Simultáneamente, muchas de sus reformas internas dependen de datos externos, tales como inflación, comportamiento de la economía americana y china; precios de las materias primas; tasas de interés y valor del euro.

El desafío es muy concreto: transformar el discurso en actos. El punto de partida no es el mejor. La relación histórica con Alemania no ha resistido «la desconfianza instintiva de Sarkozy por Alemania»<sup>31</sup> y en Berlín, como en muchas otras capitales, la figura del líder francés está asociada a la imprevisibilidad<sup>32</sup>. Tampoco ayuda que la

<sup>31</sup> Esta afirmación referida a Alemania, se lee en «Sarko vu par le reste du monde», *Le Monde*; 5 de mayo de 2008.

<sup>32</sup> La desconfianza que suscita Sarkozy explica por qué no fue invitado a Irlanda para defender el Tratado de Lisboa, cuyo texto fue sometido a referéndum el 12 de

mediatización de su vida privada se ubique por encima de su imagen política, incrementando la falta de confianza. Sarkozy no ignora esta realidad y a decir verdad se ha preparado como ningún Presidente francés al que le tocara presidir el Consejo. Así, recibió en París al Presidente del Parlamento Europeo y a los jefes de cada uno de los bloques que lo integran.

Compromisos con Europa no han faltado en su primer año de gestión. En materia de defensa Francia renunció a gran parte de sus aspiraciones en aras de una convergencia OTAN-Europa; morigeró sus quejas contra el manejo de las tasas de interés que realiza el Banco Central Europeo; cambió el sentido y la denominación de su ambicioso proyecto mediterráneo; luego de los desaires de Jacques Chirac hacia los países eurocentrales, Sarkozy se les aproximó exitosamente; logró reformular el Tratado de Lisboa; le tendió la mano a la insular Gran Bretaña y apoyó sin reticencia al gobierno español en su lucha contra la ETA.

Cuando en muchos países desfallece la conciencia europea, Sarkozy está obligado a tener éxito. Paradójicamente es el único exponente de la derecha que se juega por la integración, en un continente en que Silvio Berlusconi apela a la eurofobia para ganar elecciones –reniega del acuerdo Air France/Alitalia y recibe a Putin antes de jurar como nuevo Primer Ministro–; donde en las elecciones municipales británicas triunfa el conservadurismo antieuropeo y en Italia, destacándose Roma, sede del Tratado fundacional europeo, donde el neofascismo ganador reniega de esa historia. En esas circunstancias le toca al Presidente francés reconstruir la agenda internacional europea y darle curso a las políticas de reforma económica, el único camino que habilita a Europa para integrarse a la globalización manteniendo integradas a sus sociedades.

---

junio del 2008. Otras personalidades sí fueron invitadas a participar en la campaña, por ejemplo el Presidente de la Comisión Europea, José Manuel Barroso y la Canciller Angela Merkel.